

Metáforas del cuerpo. Un estudio sobre la mujer y la danza, de Margarita Baz*

"El inconsciente no tiene nada que hacer con el hecho que uno ignore un montón de cosas en cuanto a su propio cuerpo". El inconsciente de Freud "...es justamente como yo he dicho, a saber: la relación que hay entre un cuerpo que nos es extraño y alguna cosa que hace círculo". Lacan, II-4-76

Este libro es el resultado de una interesante investigación realizada por Margarita Baz con un grupo de bailarinas; se trata de un trabajo que problematiza la constitución de la subjetividad femenina a partir de considerar lo que a menudo se tiende a eludir, es decir, el problema del cuerpo. La autora hace hablar a un grupo de mujeres bailarinas sobre su cuerpo, yo diría que más bien, permite que sus cuerpos hablen, nos hablen.

El título "Metáforas del cuerpo" como la autora lo señala en la introducción, nos ubica de entrada en la concepción de que el cuerpo es sólo un conjunto signifiante. En otras palabras, que no se nace con un cuerpo sino que la representación psíquica inconsciente del cuerpo se constituye a partir de las marcas significantes.

Si comprendemos que la metáfora es, antes que nada, sustitución y mediación —la metáfora es la alternancia de un punto a otro— Margarita Baz nos está diciendo que utiliza la metáfora no como una figura de estilo del lenguaje, sino que por ser lenguaje, ella es el estilo de un sujeto que sólo existe en y por su representante. Esto es un hecho de estructura, hecho del lenguaje.

Sólo comprendiendo la estructura metafórica como un sistema de sustituciones significantes con la producción de un efecto de significación podemos dar cuenta de su valor en la constitución dividida del sujeto del inconsciente y de su representación. No existe ninguna metáfora sin sujeto y toda metáfora es el sujeto metaforizado. Este sujeto es el efecto imposible dividido de dos campos convergentes, el de la lógica, lógica de significantes y el del lugar, lugar del cuerpo. En esa articulación se ubicará el hecho del sexo. Entendemos con ello, entre otras cosas, que no es lo mismo nacer anatómicamente con

* Editado por: PUEG/UNAM, Porrúa y UAM-Xhochimilco, México, 1996.

cuerpo de mujer o de hombre. Es decir, la mujer tiene la marca sobre el cuerpo de un menos, la castración femenina, puntualiza Freud, es efectiva. Ello hace que se le atribuya un misterio como signo constante de un valor oculto. Este misterio, dice Miller, está allí para absolutizar a la mujer como Otro, Otro distinto del falocéntrico para representar el misterio absoluto, fuera del falo.

Este menos coloca a las mujeres más próximas a lo real. En otras palabras, algo queda abierto en relación al cuerpo —en términos de goce— de una manera más fuerte que en el hombre. La cuestión del cuerpo no es tan simple. Pensemos que si nos interrogamos acerca de lo que es el cuerpo, aparentemente nadie tiene dificultades en responder. Todos creen saber de lo que se trata: se ve, se toca, es concreto y, además, todos saben de su conformación y funcionamiento. Sin embargo, cuando pensamos en el cuerpo como un ser vivo inmediatamente aparece en el horizonte la muerte; con la muerte se introduce una dimensión de *displacer* o de angustia.

Tan pronto como se reflexiona sobre el cuerpo éste se convierte en extraño; el misterio de la vida o el horror de la muerte son invocados. Basta una nada para que el cuerpo se encuentre virtualmente deshabitado; en ese momento, es sólo un esqueleto, carne, un despojo por anticipado, un cuerpo fragmentado. La angustia que esto suscita hace que se requiera de concebir otro lugar, otro cuerpo, reconocido y garantizado por todos: el alma, el espíritu, o la realidad psíquica; esto es, ser algo más que un pedazo de carne.

Ese otro cuerpo en relación al organismo anatomofisiológico es el cuerpo del placer, del deseo, este cuerpo de placer corresponde punto por punto al cuerpo orgánico. ¿Acaso el discurso de las bailarinas, que tan acertadamente ha escuchado y desbrozado Margarita Baz, no nos dice que el cuerpo es el campo en el que se enfrentan objetivos inconciliables como la realización del placer y la conservación de la vida? Hablan de su cuerpo como el doble lugar o el lugar del doble, como el campo en el que el orden necesita ser conflictivo; en él el lugar se revela como lo que es, el encuentro o la coincidencia de fuerzas antinómicas. El hecho de que el inconsciente no existe sin incidencias sobre el cuerpo se sabe desde los albores del psicoanálisis. Desde las primeras teorizaciones de Freud sobre el síntoma de la conversión histérica hasta el más allá del principio del placer, como un goce nocivo para el individuo.

Aceptamos que el psicoanálisis ha aportado poco a lo más corporal del cuerpo, es decir, sobre su funcionamiento biológico. Acordamos con Lacan cuando dice que “el psicoanálisis no ha sido capaz de enriquecer la erótica ni siquiera con una nueva perversión”. Es por ello que el libro de Baz cobra mayor importancia, ya que sus aportes contribuyen a repensar la problemática del cuerpo no sólo en la feminidad sino también en la clínica, por ejemplo, la psicósomática.

Cuando Margarita Baz aborda la cuestión del cuerpo como metáfora, nos está diciendo que el psicoanálisis se ocupa del cuerpo como de una realidad que se construye, lo que implica decir que el cuerpo no está de entrada, no es primario. La realidad psíquica en sentido freudiano, es algo que se construye, que es secundario. Con esto queremos decir que lo viviente no es el cuerpo. Lacan plantea un más allá del principio de realidad, que apunta a lo real que se define a partir de lo imposible, es decir, a partir de un impase signifiante. Se nos plantea si más allá del cuerpo tomado en principio como de la realidad, el psicoanálisis permitiría el acceso a algo del cuerpo que pertenecería a lo real. He aquí, en mi opinión, el aporte fundamental y la apuesta del trabajo de Margarita Baz.

Retomando a Lacan, Baz señala que el cuerpo verdadero, el primer cuerpo, es lo que se denomina cuerpo simbólico, el lenguaje; el lenguaje es cuerpo que da cuerpo. En *Radiofonía* Lacan dice: “cuerpo de lo simbólico —cuerpo incorporal— que incorporándose les da cuerpo, esto es, el primer cuerpo hace al segundo al incorporársele”. Ese cuerpo al que llaman el suyo es un obsequio del lenguaje. Solamente hay hechos si son dichos; el cuerpo si es UNO, el nuestro, es porque nosotros lo decidimos, porque le atribuimos una singularidad.

El primer efecto que eso tiene sobre el cuerpo, dice Lacan, es el de mortificarlo, ya que para el signifiante que el cuerpo esté vivo o muerto no tiene ninguna importancia. El cuerpo recibe la marca signifiante, lugar de inscripción, a partir de lo cual interviene como tercero entre el saber entendido como saber inconsciente y el goce de lo viviente. El efecto de la marca es de despedazamiento, es decir, el efecto signifiante sobre el cuerpo inconsciente afecta al cuerpo y más precisamente a su goce. En otras palabras, el saber inconsciente afecta al cuerpo del ser que no se hace ser más que con palabras, eso despedaza su goce.

Las bailarinas, en su decir, nos confirman el supuesto de que el cuerpo sufre un gasto de goce a sus expensas por el hecho de que

está capturado en el significante. Un gasto tal que produce un desierto de goce, pues el goce vacía el cuerpo del hablante.

Acordamos con la autora que la anatomía no es destino, la anatomía de la diferencia genérica de los sexos: hombre o mujer, pero nada más. El destino es el discurso, toda la reelaboración que hace Lacan del Edipo es para decir que el sexo no es anatómico, que ser hombre o mujer es un asunto del sujeto y que depende de la manera en que cada uno se inscribe en la función fálica.

Sin embargo, la cuestión de la subjetivización en el sujeto de su no tener permanece abierta, es decir, qué se hace, qué sentido adquiere para el sujeto el hecho de ese menos. Freud puso el acento en los sustitutos que la mujer puede encontrar del lado de tener: bienes, dinero, belleza, un hijo; transformarse en Otro de la demanda, es transformarse en la que tiene por excelencia.

Otra solución, dice Lacan, es del lado del ser que consiste en no colmar el agujero, sino en metabolizarlo, dialectizarlo, y en ser el agujero. Es decir, fabricarse un ser con la nada. En este sentido, lo observable a través de los testimonios de las bailarinas es la falta de identidad, que en las mujeres es de mayor intensidad que en los hombres. Hasta tal punto, dice Miller, que estamos obligados a hablar de un ser de nada y de un dolor específico de ese ser de nada. También la falta de consistencia, de un sentimiento de fragmentación corporal. La falta de control, ese afecto según el cual se siente que se escapa el dominio del cuerpo. Hay en esto discursos, testimonios de dolor psíquico ligado a un afecto de no ser, de ser nada, como momentos de ausencia de sí mismo. También hay testimonios de una extraña relación con el infinito, lo que puede presentarse también a nivel de lo no finito, es decir, a nivel de un sentimiento de incompletud radical.

Para finalizar retomaré una de las conclusiones que Baz extrae del análisis del discurso de las bailarinas: hay en ellas “una disposición subjetiva para enfrentar la *falta* en un anhelo de completud”. Puntualicemos que es un anhelo de todo sujeto deseante, que ello tiene que ver con la castración y que no es privativo de las mujeres. Todo lo que puede decirse acerca de la falta no se puede reducir a un retiro momentáneo o reversible de un significante: por el contrario, se la debe considerar como una ausencia radical, verdaderamente innombrable, es decir, fuera del alcance de todo significante. De todas maneras el objeto, los diversos objetos, están destinados a ocultar la sombra terrorífica de este innombrable, de lo real.

Qué mejor que una bailarina para advertirnos que perder el cuerpo produce una especie de catástrofe, y como se puede observar en un terremoto, se abre bruscamente un abismo hacia el vacío; lo que se vislumbra en las fisuras de la red significante es la innumerable, la insorportable falta.

El goce, cabe recordarlo, es la inasible e irreductible realidad de esa falta, que es sin embargo, el motor de todo el sistema estructural. Es el juego del deseo y de la muerte el que sostiene con el correr de los días la primacía de lo imposible.

Ma. Antonia Torres Arias